



Cervantes, El Quijote y el Perú

Ricardo Falla Barreda

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

poetariano@yahoo.es

Lima - Perú

Cervantes, diciendo “Mi reino es de este mundo, pero también del otro”: ¡punta y filo en dos papeles!

César Vallejo

Resumen

Este artículo sopesa la presencia peruana en el imaginario español del siglo XVII, especialmente en las obras *Don Quijote de la Mancha*, *Las Novelas Ejemplares* (el cuento *Rinconete y Cortadillo*) y *La Galatea*, de Miguel de Cervantes Saavedra. También se destaca el comentario de don Ricardo Palma sobre la paradoja de Cervantes en su deseo de establecerse en Perú, motivado por las dificultades económicas que le inquietan en la vida. Asimismo es evidente, gracias a la teoría de la recepción, cómo la población universitaria maya del siglo XVII absorbió y se pronunció con relación a los significados tanto en *Amadís de Gaula* como en *Quijote*, todo en el *Diario Lima* de José Antonio Suardo.

Palabras claves: Literatura peruana, Literatura virreinal, Literatura latinoamericana, Miguel de Cervantes Saavedra, Ricardo Palma, José Antonio Suardo.

Abstract

This article weighs the Peruvian presence in the Spanish imaginary of the 17th century, especially in the work of Miguel de Cervantes Saavedra such as El Quijote, Las Novelas Ejemplares (the tale Rinconete and Cortadillo) and La Galatea. The famous Ricardo Palma's commentary on the Cervantes paradox in his desire to settle in Peru is emphasized, motivated by the economic difficulties that trouble him in life. It is also evident – from the theory of reception – how the Mayan university population of the 17th century was absorbed and pronounced in relation to the meanings maintained in both Amadís de Gaula and the Quijote, all in the Lima Newspaper of José Antonio Suardo.

Keywords: Peruvian Literature /Viceroyal Literature/ Latin American Literature/ Miguel de Cervantes Saavedra/ Ricardo Palma/ José Antonio Suardo.



Introducción

Constituye verdad de Perogrullo afirmar que la célebre novela de Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, es una de las cinco obras cumbres de la literatura universal de todos los tiempos. Esta constatación no radica solamente en la infinidad de estudios, ediciones y traducciones que posee en todas las lenguas vivas, ni en que constituye una fuente de interés del pensamiento científico y filosófico, sino en que Cervantes, como afirma Hegel, se presenta ante el mundo como un

verdadero genio [porque] se adueña precozmente de la parte exterior de la ejecución técnica [y] ha sabido dominar de tal modo los materiales en apariencia más pobres y rebeldes, que estos quedan forzados a recibir y representar las concepciones más íntimas de su imaginación (Hegel, 1946, p.117).

Sin embargo, y aunque parezca increíble, la genialidad de Cervantes estuvo a punto de quedar en el más

oscuro anonimato, es decir, el no realizarse mediante la escritura del *Quijote* si se hubieran cumplido sus deseos de venir al Nuevo Orbe, con la intención de obtener un puesto en la burocracia virreinal y, de esta manera, solucionar los crónicos problemas económicos que lo aquejaron en vida. Pero como la historia tiene sus propios y misteriosos mecanismos, afortunadamente, se dieron un conjunto de circunstancias que frustraron su empeño y, gracias a ello, se decidió a escribir su célebre novela, hecho que la humanidad le agradece.

Cervantes, el Perú y Ricardo Palma

Era el año 1597, Miguel de Cervantes contaba con cincuenta años, antes había recorrido gran parte de España en busca de los dineros que le permitieran solventar los gastos de manutención familiar, incluyendo una estadía en la cárcel acusado de estafa. Asimismo, en su condición de creador ya había escrito *Entremeses* (1547) y *La Galatea* (1585), obras que apenas le permitieron cierto respiro económico y discreta notoriedad. En esta circunstancia, enterado desde hacía mucho tiempo sobre los *portentos* de América, tomó la decisión de trasladarse al Perú para obtener un puesto vacante en la burocracia virreinal. Este acontecimiento fue comentado por Ricardo Palma, en *Monja y Cartujo*, en los siguientes términos:

(Corregidor de la imperial Villa, Potosí, Alto Perú) Cargo fue este tan apetitoso que en 1590 lo pretendió nada menos que el inmortal Miguel de Cervantes Saavedra, aunque no recuerdo dónde lo he leído que no fue este, sino el Corregimiento de La Paz, el codiciado por el ilustre vate español. ¡Cuestión de nombre! A haber recompensado el rey los méritos del manco de Lepanto, enviándolo al Perú como él anhelaba, es seguro que el Quijote se habría quedado en el tintero, y no tendrían las letras castellanas un título de legítimo orgullo en libro tan admirable. Véase, pues, cómo hasta los reyes con pautas torcidas hacen renglones derechos; que si ingrato e injusto anduvo el monarca en no premiar como debiera al honrado servidor, agradecerle hemos la mezquindad e injusticia por los siglos de los siglos los que amamos al galano y conceptuoso escritor, y lo leemos y releemos con entusiasmo constante (1) En julio de 1594 presentó Cervantes un memorial al soberano pidiendo que le confiriese en América uno de estos cuatro empleos a la sazón vacantes: la contaduría de las galeras de Cartagena, la tesorería de Bogotá, el gobierno de la provincia de Soconusco en Guatemala o un corregimiento en el Alto Perú, y con la preferencia en el de Chuquiavo, La Paz (Palma, 1973, pp. 295-296).

No obstante las continuas referencias que Palma efectuó sobre Cervantes en sus *Tradiciones* (ver “El

conde condenado”, “Charla de viejo”, “Los versos de cabo roto”), donde muestra su más elevada admiración por el genio castellano, no explicó las valoraciones del Manco de Lepanto sobre el Perú, ni igualmente las formas de receptividad que Lima dispensó en el siglo XVII al *Quijote*.

El Perú en la imaginación de Cervantes

El *Perú*, toponimia estructurada de forma misteriosa en los primeros lustros del XVI para designar a los territorios de las Indias Occidentales al sur de Panamá, tal como recuerda Porras en su *El nombre del Perú* (1951), significó a las empobrecidas masas de españoles de origen andaluz mayoritariamente la posibilidad de encontrar la “tierra prometida”, una suerte de *Ofir* –aquel bíblico territorio de la reina de Saba que encandilaba la imaginación de los súbditos del Rey Salomón–, prodigio del deseo humano caracterizado por la abundancia del oro, la plata, las piedras preciosas y los más exquisitos potajes que solo la divina naturaleza es capaz de crear. La leyenda de El Dorado o *el lugar donde es posible el encuentro de la riqueza*, o si se quiere *el paraíso del nuevo mundo llamado Perú*, seguramente despertó el entusiasmo de la mísera población española del XVII que, según datos proporcionados por la estadística contemporánea, era en un 95 % del total nacional absolutamente analfabeta. Cabe señalar que hacia 1940 el analfabetismo en España alcanzaba el 60 % del total nacional. De modo que el denominativo *el Perú* significaba para el español de fines del XVI *la tierra prometida*, la posibilidad de salir de la exclusión, la pobreza y, para ello, bien valía arriesgar la vida en la travesía transatlántica, internarse en la aventura que representaba la tierra americana, en particular la peruana, si con ello alcanzaba su más caro sueño: salir de la pobreza. Miguel de Cervantes no fue la excepción y soñó como cualquier español con el nombre del Perú. En el capítulo XLII de *El Quijote*, “Que trata de lo que más sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse”, escribió:

Mi hermano menor está en el *Perú* (subrayado: RFB) tan rico, que con lo que ha enviado a mi padre y a mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado a las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural (2014, p. 567).

Como puede apreciarse, el denominativo *el Perú* aparece en el imaginario de Cervantes exactamente igual a lo percibido por cualquier simple español, es decir –tal como se ha señalado–, como el lugar donde es posible encontrar la felicidad. Pero este homenaje



al Perú no solo quedó registrado en su inmortal obra, sino que también fue repetido por él años después a la primera edición de *El Quijote*. Precisamente en el cuento “Rinconete y Cortadillo”, anotó:

También topé –dijo el viejo–, en una casa de posadas, de la calle Tintores, al judío de clérigo, que se ha ido a pasar allí por tener noticia que dos *peruleros* (subrayado, RFB) en la misma casa, y quería ver si pudiese trabar juego con ellos aunque fuese de poca cantidad, que de allí podrá venir mucha (Cervantes, 1959, p. 97).

El *perulero* es –tal como se ha sostenido en párrafos anteriores– el español pobre, analfabeto, originario de Andalucía, que se embarca a como dé lugar para trasladarse al Nuevo Mundo, y está dispuesto a todo con tal de lograr su cometido, como es el salir de la pobreza. Así, se cuentan por miles los andaluces que arribaron a América, principalmente al Perú, en la condición de *busca fortunas*, y una vez que lograban su cometido retornaban a España para *disfrutar* sus riquezas y sostener en sus tertulias toda una gama de afirmaciones y exaltaciones sobre el Perú. No cuesta mucho trabajo sostener que, probablemente, *el perulero* haya sido el sujeto que más propagandizó la leyenda de *El Dorado*. Precisamente, en su condición de Contador de Cuentas del Consejo de Indias de Sevilla, el criollo peruano Antonio de León Pinelo escribió en el XVII *El paraíso en el nuevo mundo* (Sevilla, 1653), donde afirmaba que el *Ofir*, mítico lugar bíblico, había estado en el Perú. Evidentemente, León Pinelo no era *perulero*, sin embargo, al parecer, por lo que escuchaba decir en Sevilla sobre su patria de origen, en particular lo expresado por los andaluces que retornaban a España cargando una gran fortuna, decidió escribir un libro de encomio al espacio y tiempo peruano. Claro está, que la edición de las *Novelas ejemplares* precede en casi 40 años al libro de León Pinelo sin embargo, el ensayo de este permite situar con precisión el imaginario sevillano

«y así me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados (...) en las apartadas Indias a ella sujetas (...) las primeras que nombrase son dignos de más honra [fol. 317] Irélos nombrando como se me vinieren a la memoria [fol. 318].»

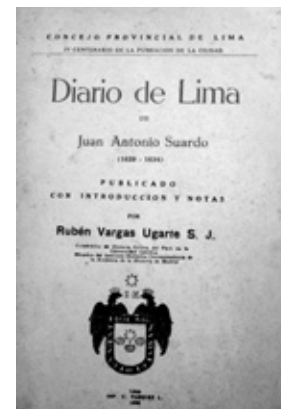
respecto al Perú, es decir, lugar donde la oportunidad de ser rico se encuentra, casi, al alcance de la mano. Cervantes, pues, en “Rinconete y Cortadillo” no hizo otra cosa que recoger el comentario de la calle y a su protagonista, el *perulero*, respecto al oro del Perú.

Esta percepción sobre el Perú que Cervantes tenía, en particular sobre el espacio urbano, se había evidenciado en *La Galatea*. En el libro sexto, titulado “Canto a Calíope”, exaltó el espacio peruano como algo excepcional, y al referirse a los llamados *portentos de Indias*, a los sujetos intelectuales de la capital de los Reinos y Provincias del Perú, la Ciudad de los Reyes, Lima, destacó el papel de los profesores de la Real y Pontificia Universidad de San Marcos y a quienes constituían el cuerpo de las Academias Literarias. Así, menciona a Diego Martínez de Ribera, Alonso Picado, Alonso Estrada, Juan Dávalos de Ribera, Sancho de Ribera y Bravo de Lagunas, Pedro de Montesdeoca, Diego de Aguilar y Córdova, Gonzalo Fernández de Sotomayor, Enrique Garcés, Rodrigo Fernández de Pineda. Esta mención se debió, al parecer, a la retahíla de insultos que recibían criollos, *peruleros* y mestizos de parte de los españoles peninsulares. El menosprecio de que eran objeto los peruanos seguramente enervó a Cervantes (1995) y escribió:

y así me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados (...) en las apartadas Indias a ella sujetas (...) las primeras que nombrase son dignos de más honra [fol. 317] Irélos nombrando como se me vinieren a la memoria [fol. 318].

El *Quijote* en el Perú del XVII

Como es harto conocido, o constituye lugar común afirmar, en 1605 se editó la primera parte del *Quijote*. También es sabido que en España del XVII la obra fue discretamente recibida por la crítica y el público en general. Sin embargo, la situación en el Perú y México fue distinta a la presentada en España. Luis Alberto Sánchez, en el tomo segundo de su *Literatura peruana*, bajo el acápite “Los escritores alabados por Cervantes” (1988, pp. 498-511), recuerda que Cervantes en *La Galatea* expresó una profunda admiración por las realizaciones literarias que tenían lugar en el Perú. Asimismo, nos hizo saber que al poco tiempo de estamparse la primera edición de *El Quijote* se despachó desde España 100 ejemplares hacia América, de cuyo total 70 fueron traídos expresamente al Perú. Y, sobre lo mismo, Raúl Porras Barrenechea, en conferencia impartida en el Teatro Municipal de Lima en 1946, con ocasión del homenaje al célebre Francisco de Vitoria O. P., expuso *Cervantes y el Perú*, donde trazó conceptos similares a lo sostenido por Sánchez



(1945, pp. 537-544). Es decir, y en otras palabras, quedó establecida la relación entre Miguel de Cervantes Saavedra con el Perú a través de lo expuesto por este en *La Galatea*. La situación fue, pues, distinta a lo sostenido por ambos clásicos del pensamiento peruano. Cervantes, tanto en el *Quijote* como en *Novelas ejemplares*, tal como se ha visto en párrafos anteriores, tuvo una visión sobre el Perú exactamente igual a lo sostenido por los peruleros, además, claro está, de los conceptos que vertiera sobre los peruanos, tal como nos recuerdan Sánchez y Porras. Aquí, cabe la interrogante ¿y qué pensaban los peruanos del siglo XVII sobre el *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*?

En 1630 con ocasión del nacimiento de Baltasar Carlos, Príncipe de Asturias, heredero del trono de España, tuvo lugar tanto en Madrid, Salamanca, como en Lima, la realización de ostentosas fiestas destinadas a celebrar dicho acontecimiento político y social. Según comentarios de la época (Falla, 2004, pp. 93-107), la fiesta que se organizó en Lima –y en contra de lo dispuesto por el virrey Luis Jerónimo Fernández de Cabrera, conde de Chinchón– se caracterizó por la espontánea organización y participación de instituciones como la Universidad de San Marcos y el pueblo llano como eran los criollos pobres, mulatos y mestizos indo-hispanos. Un testigo de dicho acontecimiento, Juan Antonio Suardo, informante del rey, al describir la participación de la Universidad de San Marcos mediante el desfile de carros alegóricos en número de veinte, escribe:

A 16 (de 1631) (...) Tiraban el carro caballos armados y el cochero era el rey Turno; delante del carro iba la Victoria muy bien aderezada en un caballo blanco y le acompañaron todos los más famosos capitanes del mundo, antiguos y modernos, también le acompañaron, a lo gracioso, los doce pares de Francia y los caballeros aventureros *Amadís de Gaula* y entre ellos don *Quijote* y *Sancho Panza* (subrayado: RFB) (Suardo, 1936, p. 118)

El siglo XVII peruano, frente a lo que pudiese pensarse en esta época de oscuridad por lo acontecido en el período virreinal de nuestra historia, fue notablemente prolífico en información cultural y asesado en creatividad. Pero estos milagros de la razón no fueron producto del azar, sino de un bien aflatado sistema de reproducción educativa conducido por la Universidad que hacía llegar a la sociedad llana los hallazgos del pensamiento académico. Como puede apreciarse en la estampa registrada por Suardo, el personaje que Garci-Ordóñez de Montalvo hiciera famoso entre el público simple español, tal es el caso de *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula* (Zaragoza, 1508), fue ampliamente conocido por la población limeña. Es más, demuestra que las novelas de caballería con su héroe máximo, como es el caso de Amadís de Gaula, circulaban ampliamente. Y, sobre todo, que el pueblo reconocía la liviandad argumentativa de dichas novelas, precisamente por ello, festejaba la presencia del Quijote y Sancho Panza, los que eran mostrados públicamente con la finalidad de que los espectadores hallen por contraste la crítica de Cervantes a los personajes instituidos por Garcí-Ordóñez de Montalvo.

«El siglo XVII peruano, frente a lo que pudiese pensarse en esta época de oscuridad por lo acontecido en el período virreinal de nuestra historia, fue notablemente prolífico en información cultural y asesado en creatividad.»



Cabe subrayar, de acuerdo con lo registrado por Suardo, que la exhibición de San Marcos tenía como contexto de su desfile alegórico a la farsa que los mulatos habían realizado en la plaza mayor de Lima. Así, escribe Suardo:

A 3 de febrero (de 1631) Este día por la tarde los mulatos de esta ciudad empezaron sus fiestas y justas reales para celebrar el nacimiento del Serenísimo Príncipe Baltasar Carlos, nuestro señor, representadas en el robo de Elena (p. 112).

En la farsa se presentaron en el tabladillo, agrega Suardo, los célebres personajes homéricos como Aquiles, Paris, Elena, Héctor, Príamo, siendo la escenografía “un pedazo de lienzo de pared con puerta grande, que representaba la gran ciudad de Troya” (ibíd.). Esta farsa prefigurada por los mulatos revela, pues, que alguien les había informado sobre las características de la obra y se encontraban en perfecta posesión del contenido de tan célebre obra clásica. Por tanto, no obstante la precariedad editorial por los altos costos que representaba la impresión de libros, el pueblo llano como los mulatos y mestizos con seguridad se las agenciaron para tener acceso a las obras clásicas grecolatinas. Asimismo, pone de manifiesto, de acuerdo a lo mostrado por la Universidad, que la inmortal novela de Cervantes no les era ajena; por ello disfrutaron la presencia de don Quijote y Sancho por las calles de Lima, también seguramente dedujeron situaciones intelectuales básicas en torno a los enjundiosos diálogos entre el Caballero de la Triste Figura y su Escudero, o hicieron comentarios de diversa índole frente a los poderosos relinchos de Rocinante cada vez que escuchaba la palabra *justicia*.

El pensar sobre los vínculos de Cervantes con el Perú en este tiempo evocatorio a la primera edición de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605), nos ha permitido reflexionar, también, en torno a la expansión del castellano tanto en España como en América Latina. Así, hemos cruzado puentes invisibles, trochas etéreas, desiertos de nada, océanos enigmáticos; en cada uno de estos lugares que la imaginación tejió, apareció la voz *difícil* a manera de calificativo al trabajo emprendido. Afortunadamente el vocablo *poesía* viene a nuestro auxilio para expresar a manera de conclusión sobre nuestro punto de vista a través del hermoso soneto “La sangre del espíritu” (1910) escrito por Miguel de Unamuno:

La sangre de mi espíritu es mi lengua,
Y mi patria es allí donde resuene
Soberano su verbo, que no amengua
Su voz por mucho que ambos mundos llene.

Ya Séneca la preluvió aún no nacida,
Y en su austero latín ella se encierra;
Alfonso a Europa dio con ella vida,
Colón con ella redobló la tierra

Y esta mi lengua flota como el arca
De cien pueblos contrarios y distantes,
Que las flores en ella hallaron brote

De Juárez y Rizal, pues ella abarca
Legión de razas, lengua en que a Cervantes
Dios le dio el Evangelio del Quijote.

Bibliografía

- Cervantes Saavedra, M. (2014). *El Quijote para lectores del siglo XXI*. Versión adaptada y comparada al castellano actual por Francisco de Paula Martínez. Madrid: Asociación Científica y Cultural Iberoamericana.
- _____. (1959). “Rinconete y Cortadillo”. En *Novelas ejemplares*. Madrid: Ed. Espasa-Calpe.
- _____. (1995). *La Galatea*. Madrid: Ediciones Cátedra, S. A.
- León Pinelo, A. de (1943). *El paraíso en el nuevo mundo* [Sevilla, 1653]. Lima: Comité del IV Centenario del Descubrimiento del Amazonas.
- Falla Barreda, R. (2004). *Sobre lo bello y sus formas del Reino del Perú indiano: la voz testimonial del XVII*. Lima: Ed. San Marcos, S. A.
- Hegel, F. (1946). *De lo bello y sus formas*. Madrid: Ed. Espasa-Calpe.
- Palma, R. (1973). “Monja y Cartujo”. En *Tradiciones peruanas*. Lima: Ediciones Culturales. t. II.
- Porras Barrenechea, R. (1945). “Cervantes y el Perú”, En *Arbor*, 9, mayo-junio. Recuperado de: https://cvc.cervantes.es/literatura/quijote_america/peru/porras.htm
- Sánchez, L. A. (1988). *Literatura peruana*. t. II. Lima: Emisa Editores.
- Suardo, J. A. (1936). *Diario de Lima (1629-1634)*. Archivo General de Indias: Manuscrito. Impreso: Consejo Provincial de Lima, Comisión del IV Centenario, Lima.: Imprenta C. Vásquez.
- Unamuno, M. (1910). “La sangre del espíritu”. Recuperado de: <https://www.poesi.as/muj0267.htm>

Recibido el 28 de octubre de 2019
Aprobado el 12 de noviembre 2019